

Jesús en la Infancia: El Sufrimiento del Mesías y el Cumplimiento de las Escrituras

(Mateo 2:13–23)

Hermanos amados, en esta ocasión continuamos nuestro estudio del evangelio según Mateo, un evangelio profundamente judío, profundamente mesiánico, que busca mostrarnos con claridad que Jesucristo es el cumplimiento de todo lo que Dios ha prometido en el Antiguo Testamento. Hoy veremos cómo desde el inicio de su vida, el Señor Jesús enfrentó oposición, sufrimiento y rechazo, todo según el plan soberano de Dios.

Este pasaje, que abarca desde Mateo 2:13 al 23, puede dividirse en tres grandes enseñanzas que deseo compartir con ustedes:

1. Jesús guía a su pueblo en un nuevo éxodo (vv. 13–15)

Tras la visita de los magos, un ángel del Señor se aparece a José en sueños y le dice: “Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto...”. La orden es clara, urgente, y José, como ya hemos visto, responde con obediencia inmediata. Toma a María y al niño esa misma noche y emprende un viaje de más de 150 kilómetros hacia Egipto. No era un viaje fácil, hermanos, ni era una decisión cómoda. Era una travesía peligrosa, costosa, con un bebé recién nacido.

¿Por qué Egipto? Porque era un refugio natural para los judíos, con una gran comunidad judía ya establecida, especialmente en Alejandría. Además, ese anonimato les daría seguridad.

Y aquí vemos la mano providente de Dios: los regalos de los magos —oro, incienso y mirra— sirvieron precisamente para financiar este viaje y su estadía. Hermanos, Dios proveyó todo, a través de medios ordinarios, aunque con un propósito eterno y sobrenatural.

Pero esto no fue un simple escape. Mateo, inspirado por el Espíritu Santo, nos dice que esto fue para que se cumpliera lo dicho por el profeta: “De Egipto llamé a mi Hijo”. Esto lo encontramos en Oseas 11:1, y es clave que entendamos que Mateo está utilizando esta historia no como una simple coincidencia, sino como una tipología: así como Israel fue llamado de Egipto como el hijo de Dios, ahora Cristo, el Hijo eterno, verdadero y obediente, es llamado de Egipto. Cristo es el nuevo y verdadero Israel.

Oseas describe cómo Dios amó a su pueblo infiel y lo redimió. Así también ahora, Dios está revelando que Jesús es ese Hijo perfecto que sí será fiel. Aquí, hermanos, tenemos una de las claves para entender la Biblia: ver cómo el Antiguo Testamento, a través de tipos, sombras y figuras, apuntaba a Cristo.

2. Jesús convierte el dolor de su pueblo en alegría (vv. 16–18)

Cuando Herodes se dio cuenta de que los magos no regresaron a informarle del paradero del niño, se llenó de ira. Un odio irracional lo llevó a ordenar una matanza atroz: todos los niños varones de Belén menores de dos años fueron asesinados. Esto no fue un hecho aislado. Fue el inicio de una guerra espiritual entre el reino de Dios y el reino de las tinieblas.

Mateo cita Jeremías 31:15: “Voz fue oída en Ramá, grande lamentación, lloro y gemido, Raquel que llora a sus hijos...”. En su contexto original, Jeremías hablaba del dolor del exilio

abilónico. Ramá era donde los judíos eran reunidos para ser deportados. Raquel, madre simbólica de las tribus de Israel, representa a todas las madres que sufren la pérdida de sus hijos.

Pero hermanos, si seguimos leyendo Jeremías 31, encontramos esperanza: “Reprime del llanto tu voz... volverán de la tierra del enemigo”. Dios prometía consuelo, restauración y redención. La tragedia en Belén anticipa la redención futura en Cristo. Y aquí Mateo nos está mostrando que Jesús, aunque aún niño, está en medio de esa historia de dolor y redención.

Esta escena nos recuerda que el evangelio no es cómodo ni popular. Jesús siempre ha generado oposición. Su mensaje produce confrontación, aún entre quienes profesan ser religiosos. Herodes representa ese corazón humano que, en su egoísmo, rechaza a Dios con violencia. Su odio representa el odio del mundo hacia Cristo.

Y no podemos olvidar, hermanos, que esa hostilidad sigue viva hoy. El mundo no ama a Jesús. No lo recibe. No lo obedece. ¿Y cómo sabemos esto? Porque Jesús mismo lo dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”. El mundo hace lo opuesto.

3. Jesús gobernará y restaurará al pueblo de Dios (vv. 19–23)

Tras la muerte de Herodes, un ángel vuelve a aparecerse a José y le ordena regresar a Israel. Nuevamente, José obedece de inmediato. Pero cuando oye que Arquelao, hijo de Herodes, reina en Judea, tiene temor. Era un hombre cruel, más aún que su padre. Por instrucción divina, José decide establecerse en Galilea, en una ciudad llamada Nazaret.

Y aquí Mateo añade algo notable: todo esto ocurrió para que se cumpliera lo dicho por los profetas: que sería llamado Nazareno. Ahora, este pasaje no aparece literalmente en el Antiguo Testamento. Sin embargo, Mateo habla de los profetas en plural. Esto probablemente hace referencia a una tradición profética conocida entre los judíos de la época, aunque no conservada textualmente en el AT canónico. También puede aludir al carácter despreciado de Nazaret. ¿Recuerdan la expresión de Natanael?: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”

Nazaret era un lugar de mala reputación, hermanos. Gente mal hablada, ruda, despreciada. Que el Mesías viniera de ahí era escandaloso para muchos. Pero una vez más, vemos el patrón: Dios exalta lo humilde y desprecia la soberbia del mundo. Jesús sería conocido como “el Nazareno”, una expresión usada incluso para burlarse de sus seguidores (Hechos 24:5).

Esta ubicación humilde, despreciada, anticipa el rechazo que Cristo sufriría de parte de su pueblo. Así como Isaías profetizó que sería “despreciado y desechado entre los hombres”, así fue desde el inicio. Su lugar de origen fue parte del escándalo del evangelio.

Aplicación final

Hermanos, al contemplar estos eventos —la huida a Egipto, la matanza de los niños, el establecimiento en Nazaret— no vemos simplemente historia. Vemos la fidelidad de Dios. Vemos la soberanía de Dios en cada detalle. Nada se le escapa. Él orquesta los eventos más dolorosos, más difíciles, más inciertos, para cumplir su plan redentor.

Y si Dios obró así en la vida de su propio Hijo, ¿no hará lo mismo con nosotros? No con métodos mágicos, no con luces y milagros en todo momento, sino muchas veces con medios ordinarios: viajes, sueños, instrucciones, obediencia sencilla, sufrimiento, perseverancia.

La hostilidad hacia Cristo sigue presente. El mundo no lo ama. El mundo odia a Cristo y odia su evangelio. Pero el mensaje sigue siendo el mismo: “Arrepentíos, porque el Reino de los cielos se ha acercado”.

No suavicemos ese mensaje. No lo adaptemos para hacerlo más aceptable. Seamos fieles. Seamos obedientes como José. Firmes en la Palabra. Valientes en la proclamación.

Y roguemos al Señor, como lo hicimos al final del culto: que nos dé sabiduría, que salve a nuestros hijos, que nos permita proclamar este evangelio comenzando por nuestros hogares. Que el Señor nos fortalezca, y nos use, aunque seamos de “Nazaret”.

Amén.